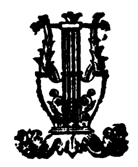
LA ARAUCANA.

SU AUTOR

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,
Caballero del órden de Santiago, Gentilhombre
de la Cámara de la Magestad del Emperador.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
Librería de Ramos.

1821.

AL REY

NUESTRO SEÑOR.

Como todas mis obras de sus principio estan ofrecidas á V. M. esta como necesitada acude al amparo que ha menester. Suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos por ella, que con merced tan grande, demas de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la Católica persona de V. M.

Don Alonso de Ercilla
y Zuñiga.

PRÓLOGO

DE D. ALONSO DE ERCILLA.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí, que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos, que en lo mas dello se hallaron, y el agravio que algunos Españoles recibirian, quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los Españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello: y así el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas de algunos tan pequeños, que apenas cabian

seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos : y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el zelo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los Araucanos, tratando sus cosas y valentias mas estendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos, como son los Españoles. Y cierto es cosa de admiracion, que no poseyendo los Araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas á lo menos defensivas, que la prolija guerra y Españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos Españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya, como de Españoles, que con verdad se puede decir, haber

pocos lugares que no esten della teñidos, y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve, y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, y se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y enchir los escuadrones vienen tambien las mugeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno del mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas, que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

LA ARAUCANA.

CANTO I.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chili, y estado del Arauco con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen: y asimismo trata en suma de la entrada y conquista, que los Españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos, y ternezas
De amorosos afectos, y cuidados:
Mas el valor, los hechos, los proezas
De aquellos Españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los Españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada,
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida,
No desprecieis el don aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo,
Para que quien lo viere en mas lo tenga:
Y si esto no bastáre á no tacharlo,
Alomenos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
Qué crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin órden, lleno de arte:
Así de tantas cosas animado
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada
En la region Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal, y poderosa:

La gente que produce, es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamas regida,
Ni á estrangero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del sur llamado,
Tendrá del leste á oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado;
Bajo del polo Antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado
Hasta dó el mar Oceano y Chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas, y sus olas tienden;
Mas es les impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina;
Á la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra.
Por uso y ejercicio mas se afina:
Vénus y Aman aquí no alcanzan parte,
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre agena y propria cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace entorno temblar toda la tierra,

Es Arauco, que basta, el cual sugeto
Lo mas deste gran término tenia
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendia:
Y puso al Español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poseenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:

Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido:
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos:
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinarlos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros despues desta dotrina.

En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa:
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa:
Vienen á ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en mas edad los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminenci
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad, ni por herencia,
Ni por hacienda, y ser mejor nacidos:
Mas la virtud del brazo y la excelencia,
Esta hace los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilíta, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que estan á la guerra dedicados
No son á otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos:
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas, y lanzones,
Con otras puntas largas enhastadas
De la facion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sargentas, flechas, y bastones,
Lazos de fuertes mimbres, y bejucos,
Tiros arrojadizos, y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los Cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora:

Y otras segun los tiempos inventado;
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son aunque modernos mas usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida, y duro cuero,
Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que mas naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muestranse enformados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la proteccion de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete,
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado:
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio, y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta, ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores;

Las armas matizadas á porfía
Con varias y finísimas colores,
De poblados penachos adornados;
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto y grande estrecho;
De dó mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los defuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones,
En los cuales el muro iba fijado
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

Entorno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cual es largo, cual ancho, cual estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso;
Que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, hierba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo:
Allí los indiscretos corredores
Teniendo solo por remedio el cielo
Se sumen dentro, y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada:
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores.

Haciéndoles saber, como se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse,
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse:

Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse,
Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente :
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa encontra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando :
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse,
Tres dias se han de haber ratificado
En la dificicion sin retratarse :
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como á forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido:
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruído,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado.

Dó una fresca y altísima alameda
Por órden y artificio tienen puesta
Entorno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso, ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito,
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito;

Caso grave y negocio no se halla
Dó no sea convocado este maldito;
Llamanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan,
El agüero acrecienta su osadia,
Y les infunde miedo y cobardia.

Algunos destos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura,
Como nos la Evangélica Escritura.

Y estos que guardan órden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados:
Pero la espada, lanza, el arco, y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre, ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

Enfin el hado, y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de niervos bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres, y calores.

No ha habido rey jamas que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estrangera nacion que se jatase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover encontra y levantar espada,
Siempre fué esenta, indómita, temida,
De leyes libre, y de cerviz erguida.

El potente rey Inga aventajado
En todas las Antárticas regiones,
Fué un señor en estremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,

Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus Orejones;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó; y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre los trujeron,
A dó leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron
Haciéndolos con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo Araucano por la espada.

Los Promancaes de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen órden que lozanos:
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes á las manos
Murieron infinitos Orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los Indios Promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los Españoles la han probado;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que cotejado
El valor de las armas y excelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en le provincia indómita se encierra
Y cuan poco á los brazos ganarian
Llevada al cabo la empezada guerra:
Visto el errado intento que traian,
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado,
Que en otras mil conquistas se habia visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco, y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fé de Cristo;
Pero llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada;

Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
La altiva gente al grave yugo trujo,
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañia:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil, ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho:
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos:
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdida de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Dó á las bárbaras armas oprimidas
Á la Española devocion trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los Promancaes por fuerza sugetando,
Curios, Cauquenes gente belicosa:
Y el Maule, y raudo Itata atravesando
Llegó al Andalien, dó la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo, y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta
Que todas las demas le habia acorrido:
Otros dello daran mas larga cuenta
Que les está este cargo cometido:
Allí fué preso el bárbaro Aynavillo,
Honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequeten copioso rio
Y de otros viene al mar acompañado:

De donde con presteza y nuevo brio,
En órden buena y escuadron formado
Pasó de Andalican la áspera sierra,
Pisando la Araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fuéron tantas las batallas,
Que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres, que por milagro y caso estraño
De la region celeste eran venidos:
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temian
que con ardientes rayos combatian.

Los Españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos, y dudosos
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fé jurada
Dió Arauco la obediencia jamas dada.

Dejando allí el seguro suficiente
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente
Viendo á Arauco sugeta, se entregaron:
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol, y Santiago,
La Imperial, Villarica, y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama, y posesiones que adquirian,
Los trujo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian:
Sin pasarles jamas por la memoria,
Que en siete pies de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana, y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ageno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero, y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo Castellano
En mal y estimacion iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;

Pero el padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado Araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar, y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadia,
No aguardando á mas tiempo abiertamente
Comienzan á llamar, y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor desvergonzado
Con nueva libertad rompe la rienda
Del omenage hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo expresa.

LA ARAUCANA.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de Capitan General, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casafuerte de Tucapel, y la batalla que con los Españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo, que han llegado
A la angañosa alteza desta vida:
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida,
Para despues de haberlos levantado
Derribarlos con mísera caida,
Cuando es menor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un reves de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da, siempre les quita
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados
Aunque lleven principios acertados.

¿Del bien perdido alcabo qué nos queda,
Sinó pena, dolor, y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda,
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor, y gloria
Con todo el bien que puede desearse
A llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y órden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien, que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es, contento:

De tal manera en él se descuidaba;
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los Indios los nuestros; pero olieron
Que de muger y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo difirirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo
Y dar el modo y órden de vengarse,
Se junten á consulta á difinirlo;
Dó venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo, y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo, que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fé los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de Cristianos carnicero
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó mozo valiente,
Gobierna cuatro mil lucida gente.

Cayocupil cacique bullicioso
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué aunque viejo el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna, de contino.

Paycabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea:
No lejos Lemolemo del venia
Que tiene seis mil hombres de pelea.

Mareguano, Gualemo, y Lebopía
Se dan priesa á llegar, porque se vea,
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicura
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice, que ser sugeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo:
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincóya tiene
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó segun parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre de él la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales Araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupólican el fuerte no venia,
Que toda Pilmayquen le obedecia.

Thomé, y Andalican tambien vinieron
Que eran del Araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento.
Despues de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba;
Y mal le las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruido:
La razon uno de otro no escuchaba
Sabida la ocasion dó habia nacido:
Vino sobre cual era el mas valiente,
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas desgajando
Las ramas al depósito obligadas;

Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia,
Que el cargo del mandar le pertenece;
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentia,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razon contradijere...

Sin dejarle acabar dijo Elicura:
'A mi es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentáre otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo que el primero ser procura
Dice: yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentáre,
Y con él la ferrada gobernáre.

De cólera Lincóya y rabia insano
Responde: tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este baston poseo.
Ninguno dice Angol será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el echo le daria.

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo : yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo :
Hacéos los pretensores adelante,
Verémos de cual dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.

Alto sus, que yo acepto el desafio
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada :
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada ;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.

Puren que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande ;
¿ Y quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Puren mas otro mande ?
La grita y el furor se multiplica,
Quien esgrime la maza, y quien la pica.

Thomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los despartieron ;
Que no hicieron poco en hacer esto :

De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocólo el cacique mas anciano
Á razonar así tomó la mano.

« Caciques del estado defensores,
« Codicia del mandar no me convida
« Á pesarme de veros pretensores
« De cosa que á mí tanto era debida;
« Porque segun mi edad, ya veis, señores,
« Que estoy al otro mundo de partida;
« Mas el amor que siempre os he mostrado,
« Á bien aconsejaros me ha incitado.

« ¿ Por qué cargos honrosos pretendemos,
« Y ser en opinion grande tenidos,
« Pues que negar al mundo no podemos
« Haber sido sujetos y vencidos?
« Y en esto averiguarnos nos queremos
« Estando aun de Españoles oprimidos?
« Mejor fuera esta furia ejecutalla
« Contra el fiero enemigo en la batalla.

« ¿ Qué furor es el vuestro, ó Araucanos,
« Que á perdicion os lleva sin sentillo?
« ¿ Contra vuestras entrañas teneis manos,
« Y no contra el tirano en resistillo?
« ¿ Teniendo tan á golpe á los Cristianos,
« Volveis contra vosotros el cuchillo?
« Si gana de morir os ha movido,
« No sea en tan bajo estado y abatido.

« Volved las armas y ánimo furioso
« A los pechos de aquellos que os han puesto
« En dura sujecion con afrentoso
« Partido á todo el mundo manifiesto:
« Lanzad de vos el yugo vergonzoso :
« Mostrad vuestro valor y fuerza en esto :
« No derrameis la sangre del estado,
« Que para redemir nos ha quedado.

« No me pesa de ver la lozanía
« De vuestro corazon, antes me esfuerza ;
« Mas temo que esta vuestra valentía
« Por mal gobierno el buen camino tuerza :
« Que vuelta entre nosotros la porfia,
« Degolleis vuestra patria con su fuerza :
« Cortad pues, si ha de ser dessa manera,
« Esta vieja garganta la primera.

« Que esta flaca persona atormentada
« De golpes de fortuna, no procura
« Sinó el agudo filo de una espada,
« Pues no la acaba tanta desventura :
« Aquella vida es bien afortunada,
« Que la temprana muerte la asegura;
« Pero á nuestro bien público atendiendo,
« Quiero decir en esto lo que entiendo.

« Pares sois en valor y fortaleza :
« El cielo os igualó en el nacimiento ;
« De linage, de estado y de riqueza
« Hizo á todos igual repartimiento ;

« Y en singular por animo y grandeza
« Podeis tener del mundo el regimiento;
« Que este gracioso don no agradecido
« Nos ha al presente término traido.

« En la virtud de vuestro brazo espero,
« Que puede en breve tiempo remediarse;
« Mas ha de haber un capitan primero,
« Que todos por él quieran gobernarse:
« Este será quien mas un gran madero
« Sustentáre en el hombro sin pararse;
« Y pues que sois iguales en la suerte,
« Procure cada cual ser el mas fuerte.

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones;
Y puesto ya silencio al Parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Alfin de general consentimiento
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término, notada;
Y es, que en una provincia poderosa
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin Caudillo
La tierra estuvo electo del senado,
Que como dije en Penco el Aynavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido
No me atrevo á decir lo que pesaba:
Era un macizo líbano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paycabí le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba:
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
Pero llegar á siete jamas pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego:
Duró seis horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio;

Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamas en todo este comedio
Dejo de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja:
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja:
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre ligero aquí y allí mostrando,
Que poco aquella carga le impedia:
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venía á prisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana:
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando, y todo cuanto
A digno general era debido
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado,
Cuando Caupalican á aquel asiento
Sin gente á la ligera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero:
De cuerpo grande y relevado pecho:
Hábil, diestro, fortisímo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no se si todos se alegraron:
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.

Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia,
Que causó esta venida entre la gente:
Cual se atiene á Lincoya, y cual decia,
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia:
Otros sin apostar dudosamente
Hácia el oriente vueltos, aguardaban
Si los Febeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores:
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel Valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia:
El Sol las largas sombras acortaba;
Mas él nunca descrece en su porfia:
Al ocaso la luz se retiraba;
Ni por eso flaqueza en él habia:
Las estrellas se muestran claramente;
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolican no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del Sol, y el esforzado

Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se muevo no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer, corriendo á priesa.

La Luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el Artico emisféro:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre;
Y el hijo de Leocan en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el Sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aun mas ánimo tenia:
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos,

El nuevo juego y pleito difinido,
Con las mas ceremonias que supieron
Por sumo Capitan fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron:
Creció en reputacion, fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban;
Y casi como á Rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y estan en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado,
Es alguna ficcion ó fantasia:
Pues en razon no cabe, que un Senado
De tan gran disciplina y policía
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza, y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolican que ausente estaba;
Varon en cuerpo y fuerzas estremado,
De rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se extremase;

Y en esta dilacion secretamente
Dándole aviso á la eleccion llegase;
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el Senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo Capitan ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa
Manda á Palta Sargento que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba
Y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo, y menos conocidos:
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos:
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe entorno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el Araucano ejército contento
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolican mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino:
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones
Caupolican en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con expresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Despues de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente Española estatuida

A la defensa della, y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y asi los cautos bárbaros soldados
De feno, hierba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y órden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Hastas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando,
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes Españoles salteados
Viendo la airada muerte tan vecina;
Corren presto á las armas alterados
De la estraña cautela repentina:
Y á vencer ó morir determinados,
Cual con celada, cual con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente Araucana.

Asaltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte:
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el corage se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro:
Ya la Española gente á la India lleva
A dar de las espaldas en el muro:
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los Cristianos
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros Araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos:
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los Españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados Indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:

Casi defensa en ellos no hallaban:
Pierden la plaza y cobran escarmiento:
Al fin de tal manera los trataron
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Talcaguano
Salian, cuando con pasó apresurado
Asomó el escuadron Caupolicano
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un Español moso que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél alto decia:
Salga adelante, salga el mas valiente:
Uno por uno á treinta desafio,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.

No tan presto fieras las acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin órden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los Araucanos cuando oyeron
Del valiente Español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo Español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados:
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los Españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando Español y el Araucano:
La primera batalla se desparte
Que era de ciento á un solo Castellano:
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por dó mas pueden dañarse;

Cual los Ciclopes suelen martillando
En las Vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente,
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia;
Pero el soberbio bárbaro impaciente
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los Cristianos del asiento.

Los Españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo:
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente;
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron envisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Puren, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El Capitan Valdivia residia;
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del Estado.

El comun siempre amigo de ruido
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando:
Al servicio no acude prometido
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia à Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso, y descuidado
Hizo en la Concepcion copia de gente
Mas que en ella, en su dicha confiado:

El cual si fuera un poco diligente;
Hallara en pie el castillo arruinado;
Con soldados, con armas, municiones;
Seis piezas de campaña, y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho;
Que alguna gente armada le enviase
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra;
Porque jamas moviesen otra guerra;

Pero dejó el camino provechoso,
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia:
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido:
Despues salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido:
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

LA ARAUCANA.

CANTO III

Valdivia con pocos Españoles y algunos Indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Matanle los Araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentia de Lautaro.

O Incurable mal, ó gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada,
Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga;
Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
O insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza, y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad de pobre infante
Si era poco el estado que tenia,
Cinquenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante;
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las Antárticas regiones:
Por esta eran sin órden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuan cierto es, como claro conocemos;
Que al doliente en salud consejo damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz no vemos,
Qué bien la dura guerra platicamos!
Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!

Cómo de los que yerran abominan
Los que estan libres en seguro puerto!
Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!

Con qué facilidad se determinan
Visto el suceso, y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamas volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron
De los sangrientos cuerpos apartadas;
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto,

Diciendo: « O compañeros dó se encierra
« Todo esfuerzo, valor, y entendimiento!
« Ya veis la desvergüenza de la tierra
« Que en nuestro daño da bandera al viento:
« Veis quebrada la fé, rota la guerra,
« Los pactos van del todo en rompimiento:
« Siento la áspera trompa en el oido,
« Y veo un fuego diabólico encendido.

« Bien conoceis la fuerza del Estado
« Con tanto daño nuestro autorizada:
« Mirad lo que fortuna os ha ayudado
« Guiando con su mano vuestra espada:
« El trabajo y la sangre que ha costado,
« Que della está la tierra alimentada;
« Y pues tenemos tiempo y aparejo
« Será bueno tomar nuevo consejo.

« Quien estos son tendréis en la memoria;
« Pues hay tanta razon de conocellos;
« Que si dellos no hubiesemos vitoria
« Y en campo pudiesemos vencellos,

« Será tal su arrogancia y vanagloria,
« Que el mundo no podrá despues con ellos,
« Dudoso estoy, no sé, no sé que haga
« Que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y menos experiencia
De los mozos livianos que allí habia,
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentia
Diciendo: « O Capitan, danos licencia,
« Que solos diez sin otra compañia
« El vando asolarémos Araucano,
« Y harémos el camino y paso llano.

« Lo que jamas hicimos en estrecho [mos;
« No es bien por nuestro honor que lo haga-
« Pues es cierto que cuanto habemos hecho
« Volviendo atras un paso lo manchamos:
« Mostremos al peligro osado pecho,
« Que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

O Valdivia varon acreditado,
Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen Capitan ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado
Que como diestro y sabio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un Indio amigo ;
Y á sus pies en voz alta arrodillado
Le dice : « O Capitan ! mira que digo
« Que no pases el término vedado :
« Veinte mil conjurados , yo testigo ,
« En Tucapel te esperan , protestando
« De pasar sin temor la muerte honrosa
« Antes que vivir vida vergonzosa.

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso ,
Discurre un miedo helado por la gente ,
La triste muerte en medio se les puso :
Pero el Gobernador osadamente
Que tambien hasta alli estuvo confuso
Les dice : « Caballeros , que dudamos ?
« Sin ver los enemigos nos turbamos ?

Al caballo con ánimo hiriendo
Sin mas les persuadir rompe la via ,
De los miembros el miedo sacudiendo
Le sigue la esforzada compañia :
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel , bien lejos parecia
El muro antes vistoso levantado
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo : « O constante
« Española nacion de confianza !
« Por tierra está el castillo tan pujante ,
« Que en él solo estrivaba mi esperanza :

« El pérfido enemigo veis delante,
« Ya os amenaza la contraria lanza;
« En esto mas no tengo que avisaros,
« Pues solo el pelear puede salvaros.

Estaba como digo así hablando
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las hastas de anchos hierros blandeando,
Gritando : « Engañadores y ladrones,
« La tierra dejaréis hoy con la vida
« Pagándonos la deuda tan debida.

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, afin que no cerrase,
Saliese Bovadilla el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadron de Mareande.

La piqueria del bárbaro calada
A los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia :
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los Cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente
El agua clara entorno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface:

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar Cristiano con la vida.
Ya el Araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estrùendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

Le escuadra de Mareande encarnizada
Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sargento
Que escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez Españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja;

Desocupó la silla solo uno,
Que con la vasca y última congoja
De la rabiosa muerte el pecho abierto
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados:
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto la Española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los Españoles de tal suerte,
Los dientes las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere,
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atras ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las ármas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioso;
Pero ya el conbatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte,
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crio en los nuestros fuerza tan estraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los Araucanos la campaña:
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: vitoria, España, España;
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido
Que á Valdivia de page le servia,
Acariciado dél y favorido
En su servicio á la sazon venia;

Del amor de su patria comovido
Viendo que á mas andar se retraía,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla.

« O ciega gente del temor guiada !
« ¿ A dó volveis los temerosos pechos ?
« Que la fama en mil años alcanzada
« Aquí perece y todos vuestros hechos.
« La fuerza pierden hoy jamas violada
« Vuestras leyes, los fueros y derechos:
« De señores, de libres, de temidos,
« Quedais siervos, sugetos y abatidos.

« Manchais la clara estirpe y decendencia,
« Y enjeris en el tronco generoso
« Una incurable plaga, una dolencia,
« Un deshonor perpetuo ignominioso:
« Mirad de los contrarios la impotencia,
« La falta del haliento, y el fogoso
« Latir de los caballos las hijadas
« Llenas de sangre y de sudor bañadas.

« No os desnudeis del hábito y costumbre,
« Que de nuestros abuelos mantenemos,
« Ni el Araucano nombre de la cumbre
« A estado tan infame derribemos:
« Huid el grave yugo y servidumbre,
« Al duro hierro osado pecho demos:
« ¿ Por qué mostrais espaldas esforzadas
« Que son de los peligros reservadas ?

« Fijad esto que digo en la memoria,
« Que el ciego y torpe miedo os va turbando,
« Dejad de vos al mundo eterna historia
« Vuestra sujeta patria libertando :
« Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
« Que os está el hado próspero llamando :
« Alomenos fijad el pie ligero,
« Vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandia,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia;
Y entre el hierro Español así se lanza;
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado :
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso troso en la herida.

Rota la fiera hasta luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destronca, y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza :

En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano
Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
¡Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatar por fuerza á los Cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola, y Leonídas,
Dieron muestra de sí tan señalada:
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva, y Dentato.

¿Decidme estos famosos qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
Qué empresa, o qué batalla acometieron
Que alomenos en duda no estuviese?
A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese?
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
Y se ofrecen con ánimo á la muerte
De fama y vanagloria codiciosos
Que no saben sufrir un golpe fuerte :
Mostrándose constantes y animosos
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia
Encontra de su patria declarada
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada :
Hizo á fortuna y hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupelicano reportado
A las amigas voces habia vuelto :
Tambien habian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto
De ver que un solo mozo resistia
A lo qee tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos de repente inadvertidos,
O cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,

Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados:

Así los Araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por dedentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó, quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido,
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el Araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton mozo animoso
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reynoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del Araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia :
Fuese el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria,
Sube el alto rumor á las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra :
Quien busca y solo quiere un fin honroso,
Quien á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,

Y en aquella sazon Puren su hermano
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida
Por dó la muerte entró y salió la vida.

Andres de Villarroel ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada:
Tambien Juan de las Peñas mal herido
Rompiendo por la espesa gente armada
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron innumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable
Que d. losa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
Que el bando de Valdivia sustentaban
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban;
Derramando mas sangre y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la Española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte:
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el yà declarado fin presente:
Fuese el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañia,
Dijo: pues pelear es escusado
Procuremos vivir por otra via:
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él coriendo el clérigo de Misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes javalís fieros cerdosos
Seguidos de solicítos rastreros
De la campestre sangre codiciosos,

Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles Irlandeses generosos;
Con no menor codicia y pies livianos
Arrancan tras los míseros Cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
Enfin á poco trecho los alcanzan
Que un paso cenagoso los detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene:
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el Senado.

Caupaulican gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia como mísero cautivo
Responde, y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido
A quien el respetaba por ser viejo,
Le dice: ¿ Por dar crédito á un rendido
Quieres perder tal tiempo y aparejo?
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando:
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo deciende
Y muerto estremeciéndose le tiende:

Así el determinado viejo cano
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caida
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolican dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó Cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:

De allí vieron el fin de la reñida
Guerra y puestos en salvo lo dijeron,
Que como las estrellas se mostraron
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo:
Cuando la vencedora compañia
Arrimadas las armas sin recelo
Danzas en anchos cercos ordenaban,
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el Araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mugeres
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenian,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de Españoles cuerpos dividian,
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
A dar en las ciudades descuidadas,
Que tomadas de salto y de repente
Serian con solo el miedo arruinadas,
Y la patria en su honor restituida
No dejando Cristianos con la vida.

Y dado órden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña
Con gran poder y ejército de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las Iberas
Tierras de las naciones estrangeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:

El tiempo espera y la sazon atiende
Que esten mejor dispuestos á tratarlo:
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos los habla en tal manera.

« Menos que vos, Señores, no pretendo
« La dulce libertad tan estimada,
« Ni que sea nuestra patria yo defiendo
« En el sublime trono restaurada;
« Mas hase de atender á que pudiendo
« Ganar, no se aventure perder nada;
« Y así con este celo y fin procuro
« No poner en peligro lo seguro.

« Tomad con discrecion los pareceres
« Que van á la razon mas arrimados,
« Pues cobrar vuestros hijos y mugeres
« Está en ir los principios acertados:
« Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
« A punto estan de ser recuperados,
« Que el tiempo que es el padre del consejo
« En las manos nos pone el aparejo.

« A Valdivia y los suyos habeis muerto
« Y una importante plaza destruido,
« Venir à la venganza será cierto
« Luego que en las cuidades sea sabido;
« Demos al enemigo el paso abierto,
« Esto asegura mas nuestro partido:
« Vengan, vengan con furia á rienda suelta;
« Que difícil será despues la vuelta.

« La vitoria tenemos en las manos,
« Y pasos en la tierra mil seguros
« De ciénagas, lagunas y pantanos,
« Espesos montes, ásperos y duros:
« Mejor pelean aquí los Araucanos,
« Españoles mejor dentro en sus muros;
« Cualquier hombre en su casa acometido
« Es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

« Esto os vengo á decir, porque se entienda
« Cuanto con mas seguro acertarémos
« Para poder tomar la justa enmienda,
« Que en sitios escogidos esperemos:
« Donde no habrá en el mundo quien defienda
« La razon y derecho que tenemos;
« Cuando temor tuviesen de buscarnos
« A sus casas irémos á alojarnos.

Con atencion de todos escuchada
Fué la oracion que el General hacia,
Siendo de los mas dellos aprobada
Por ver que à su remedio convenia:
La gente ya del todo sosegada
Caupolican al jóven se volvia,
Por quien fué la vitoria ya perdida
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: « O varon que has estendido
« El claro nombre y límite Araucano!

« Por tí ha sido el estado redimido,
« Tú le sacaste del poder tirano,
« A tí solo se debe esta vitoria
« Digna de premio y de inmortal memoria.

« Y señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
« El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que así el valiente mozo era llamado)
« Yo por remunerarle en algo desto
« Con vuestra autoridad que me habeis dado
« Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
« Le hago Capitan y mi Teniente:

« Con la gente de guerra que escogiere,
« Pues que ya de sus obras sois testigos,
« En el sitio que mas le pareciere
« Se ponga á recibir los enemigos,
« Adonde hasta qué vengan los espere;
« Porque yo con la resta y mis amigos
« Ocuparé la entrada de Elicura,
« Aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el General le daba:
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba:
Y por el órden y uso acostumbrado
El gran Caupolican le trasquilaba;
Dejándole el copete en trenza largo
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion, y hermoso gesto,
Ni grande, ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche entorno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los Troyanos, ni los Griegos
Cuando los juegos mas continuaron
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolican estando en esto
Un bárbaro turbado sin haliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciendole: « Señor socorre presto,
« Tu campo es roto, y cierto el perdimiento,
« Que la gente que estaba en la emboscada
« Es muerta la mas della y destrozada.

« Por tierra de Elicura son bajados
« Catorce valentísimos guerreros
« De corazas finísimas armados
« Sobre caballos prestos y ligeros:

« Por estos solos son desbaratados
« Dos escuadrones tuyos de piqueros,
« Y visto el gran estrago al improviso
« Partí corriendo á darte dello aviso.

Caupolican con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Alcabo era imposible que escapase:
Y con la diligencia acostumbrada
Mando al nuevo Teniente que guiase
Con la mas presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa codicioso
De ganar opinion entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo haliento y canto nuevo.

LA ARAUCANA.

CANTO IV.

Vienen catorce Españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los Indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro: llega Lautaro con gente de refresco, mueren siete Españoles, y todos los amigos que llevaban: escápanse los otros por una gran ventura.

Cuan buena es la justicia y que importante!
Por ella son mil males atajados.
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud; mas vicio y negligencia
Cuando de un daño otro mayor se espera
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres tambien de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortes, Cordova, Nereda,
Moran, Gonzalo Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego Garcia, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
Con el cual el es número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto:
Por la alta cuesta de Puren subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento,
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva Aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retrahian
Cuando el Licureo valle descubrian.

Aquí estaban los Indios emboscados
Esperando á los nuestros si viniesen
Por cogerlos sin órden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen;
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Aasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce Españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban,
Cuando los Indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegria,
Cuando mas sin pensar la liebre echada,
De súbito por medio de la via
Salta de entre los pies alborotada;

Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros Españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los Españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huida,
Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces envistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casafuerte,
A diestro y á siniestro derribando,
Que los Indios entre ellos van mezclados
Hiriéndoles tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un Español que atras venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un Indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado,
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gomez de Almagro el proprio dia
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensagero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demas acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido:
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de los mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del este, norte, oeste está abrigado,
Y el sur le hiere casi en descubierto;

Por dó seguido va el camino usado
De los ligeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron :
Los catorce Españoles conociendo
Que era mejor romper se aparejaron :
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos
Alto estruendo, alaridos desdeñosos
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los Españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos :
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente encontra les parece.

Aunque allí un Español disfigurado,
Que yo no digo aquí cual dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado :
O si nuestro escuadron de ciento fuera !
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde : á Dios pluguiera
Fueramos solos doce y dos faltáran,
Que doce de la fama nos llamáran.

Los caballos en esto apercibiendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los pies batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas :
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento :
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu Español y movimiento;
Que los nuestros rompiron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas :
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enhastadas
Puestas encontra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados :

De llamas los arneses encendidos
Con gran fuerza y presteza golpeados
Formaban un rumor, que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez presumiendo
Imitar al de Cordova famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Maurique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Cordova se llama
Mozo de grande esfuerzo y valentia
Tanta sangre Araucana allí derrama,
Que hizo cien viudas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegria;
Que al fin son las mugeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortes y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra,
Moran, Gomez de Almagro, y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra :
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra;
Pues Nereda tambien que era maestro
Hierre, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo qué sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sieten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arredillan :
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones,
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones :

Cortes un golpe suyó reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido
Acá y allá el caballo le traía;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogia:
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocia,
Que al mayor Araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que esgrime la maza diestramente;
Como el suelto lebrel por la maleza
Se arroja al javalí fiero y valiente,
Así asalta Cortes al Araucano
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al traves le hirió por un costado
No le valiendo el coselete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
Que mudara un peñasco ó fuerte muro;
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortes de Lincoya ya seguro
Por medio de la espesa escuadra hiende,
Y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
Con el jóven Guacon soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidia,
Que poco se mostró neutral la suerte:
De un golpe Almagro al bárbaro heria,
Por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
Sale della de sangre roja un rio,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende,
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
Crece el hervor, corage y la revuelta,
Y el rio de la corriente sangre crece
Bárbara y Española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado
Que espanta como alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:

El sol habia en su curso declinado
Cuando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igualmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el haliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos;
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos
Cubiertos de un humor y espeso haliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento

Los dos puestos así se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamas las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados:
Ambos á un mismo tiempo repararon,
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento
Cubiertos de agua y sangre hijadeando,
Que no pueden hartarse del haliento:
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento
Que con templados soplos respiraba
Mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas
Á falta de las manos se ofendian,
Diciéndose palabras afrentosas
La muerte con rigor se prometian:
Y á vueltas desto flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian;
Que aunque el haliento y fuersas les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cual brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
A manera de rayo arrebatado
El aire con rumor iba rompiendo:
Tocó en soslayo á Cordova en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo
Torció á Moran el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrio la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido;
Pero Moran gritó: no estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
Á vencer cuantos veis que estan delante.

Pica el caballo temerariamente
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado;

Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma
Tendidas las banderas por el viento
Lautaro con la presta gente asoma:
Como cuando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo:

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña:
Delante de su gente va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaña,
Solos catorce esperan hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos,
Apiñados los muestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran:
Los fieros enemigos orgullosos
En alta vos gritaban: mueran, mueran;
Y el Lincoyano ejército animado
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los Cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados Araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos pies á prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,
Aunque en atribuirla hay desconcierto,
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es mas cierto,
Cualcuier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
A los pies de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los pies apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda que en guerras era experto:
Cortes de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego Garcia
De una llaga mortal abierto el pecho:
De otro golpe Escalona se tendia,
Que Tucapel le acierta por derecho;

Los demas Españoles en la via
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuanta priesa baten las hijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro y con él ligero cierra
En los pies levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba
Y á dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanca cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto ar-
Que el golpe segundaba Tucapelo, [riba,
Y por poco con el diera en el suelo.

Con el ginete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuento cinco pasos, ó mas trecho
Lo lleva hacia adelante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho,
Víbora no se vió mas enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el Indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda su potencia;
Mas el presto caballo se desvia:
Tucapel de furioso el tiro yerra
Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte,
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte
A manera de corvo y grueso remo:
Y un golpe le señala de tal suerte
Que no le erró el ferrado y duro extremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:

Salta Aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera bateria,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañia;
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera harmonia:
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El Araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba:
Crece la tempestad horrenda tanto
Que á los mas esforzados puzo espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche escura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el ímpetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la Española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino
Y que él podia salir mas encubierto,
El bosque deja y toma su camino
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando alcabo vino
De sangre, lodo y de sudor cubierto
Juntos donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
Y uno de los caballos relinchando
El Español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó donde los seis amedrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazon se les presenta
Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido
Que entre ellos ya por muerto se tenia,
Y cada uno de lástima movido
A morir en su ayuda se ofrecia;
Mas él como animoso y entendido
Viendo que aprovechar no le podia:
Dice: de mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure,

Esto no dijo bien cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta,
Y aquella mas usada deja á un lado
De gente y pueblos bárbaros cubierta:

Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

El Coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Perú en latin la historia,
Con tanta erudicion, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Carlos Quinto Augusto,
Y en verso los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
La desgracia de Almagro lo mostraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban:
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban
Hasta que salió el sol, y el claro dia
La plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente
Fué por su industria el cerco levantado;
No escribo esta batalla aunque famosa
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos á tal término traidos,
Míseros, afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que habeis, Señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del cual la noche atras habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les quajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus término narrando:
Y así viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bárbaro traía,
Le dejaron desierto el mismo dia.

Hacia Gauten tomaron la jornada
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo Lautarino:

La Fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones, y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Hacia dó su ejército venia
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y voceria:
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel dia
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos el General con grave muestra
Los habla y los recibe alegremente,
Y asiento blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro su Teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda, y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso á tratar dél volvere presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir como á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama ligera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuanto llegan los Indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales
Viendo á Valdivia roto se escondieron:
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensageros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mugeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento:
Nuevas viudas, huérfanas doncellas
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve, y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:

Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban;
Hierros otròs en hastas enjerian:
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Fransisco Villagran, varon tenido
Por sabio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido;
De Pedro de Valdivia fué Teniente
Despues de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mugeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados
Que vistosos de lejos parecian:
Las mugeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones,
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano;
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército Araucano.
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi entorno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
Pisan de Andalican la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena:
Y al pie del cerco Andálico llegando
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Solo el medio de entrar por el Estado.
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho.
De la banda del norte está á la entrada.
Por un monte asperísimo y derecho,
La cumbre hasta los cielos levantada.

Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito Andalacano
Del fértil valle y límite Araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En los mas alto della y descubierto:
Viendo que á pie en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja esento
Pensando allí alcanzarlos por haliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero.
La subida no es mala del camino;
Mas todo lo demas despeñadero:
Tiene al poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pie de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado
Sin defensa ni estorbo como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pie deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagran confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el Romano Cesar, que dudoso
El pie en el Rubicon fijó á la entrada,
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada:
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: sús, la suerte ya es echada;
Así nuestro Español rompió el camino,
Dando libre la rendia á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente
Por el fragoso monte lavantado
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse arrinconado
Franca les da la entrada llanamente,
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo entorno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese:
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese,
Que estaban asî quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la Española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Par la banda del bárbaro siniestra:

Lautaro al puesto término llegando
Presenta la batalla én bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores ,boci nas , y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el desea del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplicoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciendoos que voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar polija pluma.

LA ARAUCANA.

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre los Españoles y Araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los Españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil Indios amigos.

Siempre el bénigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido:
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
Nuestra gente Española á las espadas
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas,
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto
Por ver el órden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada
De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones,
Los miembros del calor desamparados
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento estan bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena:
De la otra parte el Araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano:

Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo Castellano
Gime por ver el juego comenzado ;
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba ,
Ganosos de ambas partes por juntarse ;
Pero ya Villagran consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse :
Tres bandas de ginetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse ,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo
Salen con gran tropel y movimiento ,
Rauco se estremició del son horrendo ,
Y la mar hizo estraño sentimiento :
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el expreso mandamiento ,
Aunque por los herir se deshacian
El paso hacia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta ,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta :
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta ,
Y vuelven casi en cerco á retirarse
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban:
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
á algunos vale allí la buena adarga,
Las celadas y grevas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado entorno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España,
O dos á dos, ó tres á tres soldados
A la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo
Mas bizarros que bravos Alemanes
Haciendo aquí y allí gentil paseo:
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo:
Así llegan gallardos á juntarse,
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro
Buscando lo mejor con sabio tino:

Cual acomete, vanle; y hurta presto
Hallando para entrar franco el camino,
Cual hace el golpe vano, y cual tan cierto
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan,
Ni paran en el aire y gentileza,
Que el golpe sea mortal solo procuran,
Y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran
Llevados de la cólera y braveza,
Esta á veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curioman se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba;
Y blandiendo una lanza muy fornida
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fué embiada.

Habia siete Españoles ya herido;
Mas nadie se atraviesa á la venganza;
Que era el valiente bárbaro temido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagran algo corrido
Viéndole despedir la octava lanza
Dijo con voz airada: ¿no hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que una hasta gruesa en la derecha mano
Su Rabican preciado apercibia :
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza extrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
Sale el presto caballo desenvuelto
Hacia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto :
Pero el fuerte Español embevecido
En que no se le fuese, el freno suelto
Bate al caballo apriesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el Araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado Español, que las pisadas
Del ligero Araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano;

Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron ginete
Al Araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando,
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artilleria
A toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron Indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado :
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta :

« O fieles compañeros vitoriosos,
« A quien fortuna llama á tales hechos !
« Ya es tiempo que los brazos valerosos
« Nuestras causas aprueben y derechos :
« Sús, sús calad las lanzas animosos,
« Rompan los hierros los contrarios pechos,
« Y por ellos abrid roja corriente
« Sin respetar á amigo, ni á pariente.

« A las piezas guiad, que si ganadas
« Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
« Célebres quedarán vuestras espadas,
« Y eterna al mundo dellas la memoria :
« El campo seguirá vuestras pisadas
« Siendo vos los autores desta gloria.
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremerida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota,
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota :

No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego:
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrian,
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, fuego, humo y polvoreda
No se entendien allí, ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y asî vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

10.

Unos por defender la artilleria
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate á su porfia
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo Español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atras vuelva el estandarte
De Carlos Quinto Máximo glorioso;
Mas que á pesar del contrapuesto Marte
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte
Envuelto en ira y polvo sanguinoso
Daba nuevo vigor á las espadas
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces lo hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crueza
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda hierba verde
En sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto,
De todo lo importante se previene,
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto;

Hace de capitan lo que conviene
Con usada experiencia, y fuera desto
Como osado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los Cristianos hace gran matanza,
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el Español airado
Y en bajo el brazo la gineta abriga,
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por dó al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atras con ira la arrojaba:
Vuela la furiosa hasta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillan que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran la espada fuera
Por medio de la hueste va á gran priesa;
Haciendo con rigor ancha carrera
A donde va la turba mas espesa:
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
A Guancho, Canio, Pillo, y Titaguano.

Hernando y Juan entrambos de Alvarado
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo y gran ginete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada que en herir era maestra
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos sin escudo
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura,
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el Español Reinoso
De ponzoñosa rabia estimulado
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado:

Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los Cristianos tales cosas
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza, y la esperanza;
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en Español jamas flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron:
Mas viéndose á tal hora en estrecheza
Que pasaba de cinco que empezaron,
Comienzan á durar ya la batalla
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte;
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando:
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados;
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sabias razones los esfuerza,
Como de Capitan escarmentado,
Diciendo: « Caballeros, nadie tuerza
« De aquello que á su honor es obligado,
« No os entregueis al miedo, que es yo os digo
« De todo nuestro bien grande enemigo.

« Sacudidle de vos, y vereis luego
« La deshonra y afrenta manifiesta,
« Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
« Mas que el hierro enemigo, aqui os molesta:
« No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
« Que en este solo punto teneis puesta
« Vuestra fama, el honor, vida, y hacienda,
« Y es cosa que despues no tiene enmienda.

« ¿ A dó volveis sin órden y sin tiento,
« Que los pasos tenemos impedidos?
« ¡ Con cuanto deshonor y abatimiento
« Seremos de los nuestros acogidos,

« La vida y honra está en el vencimiento,
« La muerte y deshonor en ser vencidos:
« Mirad esto, y vereis huyendo cierta
« Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
¡Donde quedar mejor que aquí yo puedo!
Diciendo Villagran; con osadia
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte, alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado:
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuan bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trujeron aturdido,
Cual procura prendello, cual matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces; desarmallo:
Acude allí la gente y el ruido;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro Canto pido que me espere.

LA ARAUCANA.

CANTO VI.

Prosigue la comenzáda batalla con las extrañas y diversas muertes, que los Araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mugeres usáron, pasándolos todos á cuchillo.

AL valeroso espíritu ; ni suerte ,
Ni revolver de hado riguroso
Lë pueden presentar caso tan fuerte ;
Que le traigan á estado vergonzoso :
Como ahora á Villagran que con su muerte
No siendo de otro modo poderoso ,
Piensa atajar el áspero camino ;
A donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso monton se retrujeron ,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitan en tierra vieron :
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron ;
Rasgando á los caballos los hijares
Se arrojan á envestir tantos millares,

Desamparan el cerco los heridos;
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia
Desocupando el campo escarmentados;
Otra junta mayor luego hacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagran aun no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto
Viendo trece Españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendia,
Llevando en su defensa al bando amigo,
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchor años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Maylongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho,
No le valió de azero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguileras al traves tendio la espada,
Y al dispuesto Guaman dejo mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban.
Que turbados, sin órden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban;
No bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al Araucano
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin haliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen: á lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados;
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,

Que viéndose ofendida y apretada,
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demas á la primera:
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin órden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta:
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos, no miraban
Como así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
De remedio tan flaco y vergonzoso,
Antes en su batalla se mantienen
Trayendo el fin á término dudoso:
Y con heroicos ánimos detienen
De los Indios el ímpetu furioso,
Y la disposicion del duro hado
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
Contrastando al destino, que parece
Que el valor Araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece;
Mas viendo à los amigos como huyen,
Que á mas correr la gente desparece,
Hubieron de seguir la misma via,
Que ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto
Que será á la sazon mas conveniente;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente:
No siento el ser vencidos tanto, cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por vírgenes, mugeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantaría Española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba ligereza,
Y mas de la que á algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan
Rompiendo el aire el planto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan:
Y las lástimas tristes y gemidos
(Puestas las manos altas) con que ruegan,
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba casa dando
Con mano presta y pies en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, mísera, impedida,

Que á la amiga nación iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida;
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interes y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuanto los otros se alargaban
Alargarse tambien le convenia:
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja:
Que ni la voz de vírgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor, y endurecidos
Miden con sueltos pies el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército Araucano
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto lejos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los Españoles sustentarse;
Que la gente Araucana derramada
El alcance sin órden proseguia,
Haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
A darle ayuda en círculo decienden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoroso:

Cada Araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los Cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo;
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió Español que se notáse
Que á su deuda una que mínima faltáse.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten, y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra, y echan por el suelo;
Dan, y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar, y aventajado
Suple el valor, y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna:
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor, ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos, y de aliento,
Y de sangre tambien, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por pies los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados
Digo de los Cristianos que á pie andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas, ó aciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los mas odiosos enemigos,
Que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oía
De la gente Española, y de servicio
Que á manos de los Indios perecía:

No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan estraña y cruda anotomía,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados;
Por medio de la frente otros hendidos;
Otros mueren con honra degollados:
Otros que piden medios y partidos,
De los cascos los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mugeres delicadas
El debido respeto no guardaban;
Antes con mas rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban:
No tienen miramiento á las preñadas;
Mas los golpes al vientre encaminaban,
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede;
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar ligeramente:
Y aquel torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atras venía
En afirmando el pie, le sacudía.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi entorno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho
Con arte unos en otros enjeridos
Que cerraban la senda y paso estrecho;
Dentro estaban los Indios prevenidos
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo, no á la gente amenazaban,

Viendo los Españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza;
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos á romperla;
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagran llegaba;

Que vista la escusada arremetida
Cuan poco en el remedio aprovechaba;
Sin temor de morir, ni muestra alguna
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo deribado
De la Española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado;
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera, y alentado,
De grande fuerza, y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto Español recio la hijada,
Que sale con furioso movimiento
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
El paso; pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimian,
Los fuertes Españoles los rompieron:
Unos hácia la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hácia el Poniente
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debian de ser antiguamente
Por dó al agua bajan los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo,
Sacude los peñascos de la cumbre

Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar tambien alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo, y á pie, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caido,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habian perdido:
Cual ligero cabalga, y cual turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huía.

No aguardaban por estos, mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al Papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos aguijar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las hijadas:
El hermano no escucha al caro hermano;
Las lástimas allí son escusadas,
Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja,
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja:
Quien la adarga abandona, quien la lanza,
Quien de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atras venía,
Ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre;

El cansancio y la sed los afligía :
Mas Dios que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente Canto digo.

LA ARAUCANA.

CANTO VII.

Llegan los Españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mugeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este Canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A dó el temor jamas halló posada,
Temor que honrosa muerte no desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadía
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les darémos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo hijadeando.
Tambien los Araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
A seis leguas de alcance los dejaron :
Los nuestros del temor mas agüijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la estrema ribera de Biobío,
Adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino :
Y lo demas con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarian
Del trabajo y heridas maltratados ;
Algunos casi rostros no trahian,
Otros los traen de golpes levantados :
Del infierno parece que salian,
No hablan, ni responden elevados,
A todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto,
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba

Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discorde y áspera harmonía
La casa mas vecina respondía.

Quien llora el muerto padre, quien marido,
Quien hijos, quien sobrinos, quien hermanos,
Mugeres como locas sin sentido
Ansiosas tuercen las hermosas manos :
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados,
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados :
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos :
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los Araucanos bárbaros sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo Español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautaro acrecentando;
Los enemigos ánimos menguaba,
Que ya cada Español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco Araucano hasta el Cielo,
Derramando en los ánimos un yelo.

Levántase un rumor de retirarse,
Y la triste ciudad desampararlla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor, y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido;

Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido.
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quien á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quien aguija á la silla procurando
Cincharla en el caballo mas ligero:
Las encerradas vírgenes llorando
Por las calles sin manto, ni escudero,
Atónitas de acá, y de allá perdidas
A las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas presurosas
Haciendo en poco espacio mil paradas;
Ponen atenta oreja á todas cosas,
Corren aquí y allí desatinadas:
Así las tiernas vírgenes llorando
A voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido;
Tal vez ay que de súbito enmudece,
Reduciendo el sentir solo al oido:
Cualquier sombra Lautaro les parece,
Su rigurosa voz cualquier ruido,
Alzan la grita, y corren no sabiendo
Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndolos mayores cualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento :
Desampara la turba temerosa
Sus ca as, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal : yo no lo entiendo,
Ni de mi voluntad soy parte en nada ;
Pero el temor un viejo posponiendo
Les dice : gente vil acobardada,
Deshonra del honor y ser de España,
¿ Qué es esto, donde vais, quién os engaña ?

No fué esta correcion de algun provecho,
Ni otras cosas que el viejo les decia,
Muestran todos hacerse á su despecho,
Y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta el dia
Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
Noble, discreta. valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada :

Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto, y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atras los rostros afligidos
A las casas y tierras que dejaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos:
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos abullidos:
Progne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedía,
Y en medio de la cuesta y dellos para,
El rostro á la ciudad vuelto decia:
O valiente nacion, á quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto, y la grandeza
De la inmortalidad á que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
Y el natural valor de que os preciastes?
¿Adonde vais cuitados de vosotros,
Que no viene ninguno tras nosotros?

O cuantas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin entender á medios necesarios;
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
Por vos de sus cimientos levantado,
Mirad los campos fértiles viciosos
Que os tienen su tributo aparejado:
Las ricas minas, y los caudalosos
Rios de arenas de oro, y el ganado
Que ya de cerro en cerro anda perdido
Buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen
De vuestro racional entendimiento
Usando de razon, se condolecen,
Y muestra doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

Dejais quietud, hacienda y vida honros
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa agena embarazosa
A do tendremos mísera acogida;

¿Que cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huesped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene; ó la muerte acelerada.

Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos:
Volved, volved gritaba; pero en vano;
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado;
Y está alegando en vano mil razones;
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo ligereza,
Llevándole la vida juntamente:
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oido
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo
Llevados de su antojo caminaban,
Mugeres sin chapines por el lodo
A gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas deste modo,
Y á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volverémos,
Que fué donde dejó el alcance estraño:
En muy poco papel resumirémos
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré los menos que pudiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere:
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillan gozoso
Que atras un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad, que de medroso:

Al General despachan un soldado,
Alojándose el campo en él gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un Indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
La vida, oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mugeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Muger debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los azeros:
Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargáse
Que á la muger honesta es permitido;
Y la posada y cena concertáse
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recreáse:
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el Araucano despertado.

Sepultado en sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera : que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que despues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien como habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demas que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho:
El bárbaro responde : no me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

Que el cuidadoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta diciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que de cansado se dormia,
En medio de dos picas le colgaba:

Quien cortaba una espiga allí moria
Demas de la racion que se le daba:
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo como digo así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegabades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido,
El mozo dice: ayer antes del dia
Salió de aquí con súbito ruido:
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido,
Que la ciudad de Penco torreada
Era del Español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Hacia el pueblo Español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo, y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores:
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco tigro,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida:
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel hacia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo Griego
Entró por el Troyano alojamiento,
Sembrando Frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento:

Cuanto de ira, venganza y furor ciego
El bárbaro del robo no contento
Arruina, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quien sube la escalera, y quien abaja,
Quien á la ropa, y quien al cofre aguija,
Quien abre, quien desquicia y desencaja,
Quien no deja fardel, ni baratija,
Quien contiende, quien riñe, quien baraja,
Quien alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamas lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar, ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Hacienda codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado;
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladron mas adquiria:
Cual lo saca arrastrando, cual cargado
Va que del proprio hermano no se fia:
Mas parte á ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban, ni detienen;
Dan las vacías el paso á las cargadas:
Así los Araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo mísero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:

Tremè *la* tierra entorno, el fuego brama
De *subir* á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro
Segun fama en sus términos se encierra.
O cuantos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la probeza
Para quien se vio en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y á quien
Mil ducados por años les rentára, [treinta
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajára:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentára,
Que entorno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantitad podian,
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo, y la opinion perdian
Por aflojar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona;
No cabe el gozo dentro de sus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermosas cuadras, ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal persona
Que en verlos se duela así deshechos;
Antes suspiran, gimen, y se ofenden,
Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,
Y maldicen al tracio proceloso,
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de las casas sonoroso
Un terrible alarido resonaba,
Que junto con el humo y las centellas
Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
Que las mas altas nubes encendia,
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los árboles venía,
Y Vulcano al rumor sucio y tiznado
Con los herreros fuelles acudía
Que ayudaron su parte al presto fuego;
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sola á tal hombre deleitosa:

Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver como la llama se estendia,
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oír, dura y terrible
Los estallidos y fornace estruendo,
El negro humo espeso, é insufrible
Cual nube en aire así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pie, ni cosa dejan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensagero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocan, y su embajada
Será en el otro Canto declarada.

LA ARAUCANA.

CANTO VIII.

Juntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco; y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamas puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido;
Que dello sin hablar da larga cuenta:
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante, y representa
La dura y grave afrenta con un miedo;
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miráran;
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentáran,
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustáran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran;
Del vulgo que jamas dice lo bueno,
Ni en decir los defetos tiene freno;

Pero de un bando y de otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes,
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mugeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fué del señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran exceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazon, pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte;
Y poca de la edad mas suficiente
A resistir el gran rigor de Marte,
Y á la parcial fortuna que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿ Quién podrá con el bando Lautarino
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuesto daño y su provecho abria ?

No piensa reparar hasta el divino
Cielo, y arruinar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dije como á gran priesa habia llegado
Un Indio mensagero conocido,
Que por Caupolican era embiado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo tambien sin alargar razones
Que el General mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el Senado y junta de varones
Tratasen lo que mas les conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atras, y en poco rato
Al monte Andalicano se avecina:
Y por llegar de súbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganosos de burlar al bando amigo
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tucapel marchó, que al asomar del dia
Dió sobre las escuadras de repente
Con una barahunda y voceria,
Que puso en arma y alteró la gente;
Mas vuelto el alboroto en alegria,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros sin firmarse
Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupólican, alegre, humano y grave
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática suave
Le da prendas y honor de hermano caro;
La gente que de gozo en sí no cabe
Por la ribera de un arroyo claro
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues desto
Antes que el gran Senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto;
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó las demas gente, y todo á punto
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el General aquel vestido
Con que Valdivia ante él fué presentado,
Era de verde y púrpura tejido
Con rica plata y oro recamado.

Un peto fuerte en buena guerra habido
De fina pasta y temple relevado ,
La celada de claro y limpio azero ,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los Capitanes señalados
A la española uzansa se vestian ,
La gente del camun y los soldados
Se visten de despojo que traian :
Calzas , jubones , cueros desgarrados
En gran estima y precio se tenian :
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
El venir á la junta así vestidos ,
Y en el consejo como digo entraron
Ciento y treinta Caciques escogidos :
Por su costumbre antigua se sentaron
Segun que por la espada eran tenidos :
Estando en gran silencio el pueblo ufano
Así soltó la voz Caupolicano.

Bien entendido tengo yo , varones ,
Para que nuestra fama se acreciente ,
Que no es menester fuerza de razones ,
Mas solo el apuntarlo brevemente :
Que segun vuestros fuertes corazones
Entrar la España pienso fácilmente ,
Y al gran Emperador invicto Carlo
Al dominio Araucano sujetarlo.

Los Españoles vemos que ya entienden
El *peso* de las mazas barreadas,
Pues ni en campo, ni en muro nos atienden;
Sabemos como cortan sus espadas,
Y cuan poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas azeradas:
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado azero
Allanaréis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza del delantero
Seguiré vuestro bando, y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España,
Y conquistar del mundo la campaña.

La deidad desta gente entenderemos,
Y si del alto cielo cristalino
Deciende, como dicen, abrirémos
A puro hierro anchísimo camino:
Su género y linage asolarémos,
Que no bastará ejército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte
Si todos nos hacemos á una parte.

Enfin fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion mas declararse,
Aquel que me quisiere por amigo
A tiempo está que puede señalarse:

Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere á paces arrimarse :
Aquí dió fin , y su intencion propuesta ,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió , y aun el aliento
Apenas al espíritu halló via
Mientras duró el soberbio parlamento ,
Que el gran Caupolicano les hacia :
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesia :
A Lautaro tocaba , y escusado ,
Lincoya así responde levantado.

Señor. Yo no me he visto tan gozoso
Despues que en este triste mundo vivo ,
Como en ver manifiesto el valeroso
Animo dese invicto pecho altivo :
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo ,
Que no quiero ser Rey del cielo y tierra
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho ,
Ni por áspero caso adverso y duro
A la patria volver jamas el pecho :
Desto puedes , señor , estar seguro ,
Y todo faltará y será deshecho ,
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como y por prenda dada.

Así dijo : y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelen Curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado:
Pero afable en la paz, fácil y humano,
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sabias esto.

Fuerte varon y Capitan perfeto,
No dejaré de ser el delantero
A probar la fineza deste peto,
Y si mi hacha rompe el fino azero;
Mas como quien lo entiende te prometo,
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan Españoles desta tierra,
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos
Que estan en lo mas dello apoderados:
Despues por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados:
Esto á mí me parece, y quien quisiere
Proponga otra razon, sin mejor fuere.

Callando este Cacique, se adelanta
Tucapelo de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,

Diciendo : á mí la España no me espanta,
Y no quiero por hombre ser tenido
Si solo no arruino á los Cristianos,
Ahora sean divinos, ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra,
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, ni maza ha de seguirlos
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
A despecho del cielo, á hierro puro
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro,
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
Que despues que allanaré el ancho suelo,
A guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos;
Pensar que haya fortuna, es gran simpleza,
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen la vieja sangre fria
Se le encendio de rabia y levantado
Le dice : ó arrogante ! la osadía
(Sin discrecion) jamas fué de esforzado :
Pero Caupolican que conocia
Del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones
Haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento ;
Ongolmo no quedó segun parece
De mostrar su soberbio pensamiento :
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento ;
Colocolo que atento estaba á todo
Sacó la voz diciendo deste modo :

La verde edad os lleva á ser furiosos ,
O hijos ! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Mas de para decir consejos sanos ,
Que no nos ciegan humos vaporosos
Del juvenil hervor y años lozanos :
Y así como mas libres entendemos
Lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros Capitanes esforzados ,
De sola una vitoria envanecidos
Estais de tal manera levantados ,
Que os parecen ya pocos los nacidos ;

Templad, templad los pechos alterados,
Y esos vanos esfuerzos mal regidos,
No hagais de Españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,
Mirad cuando primero aquí vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes;
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el Licureo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron:
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
Redemir nuestra patria y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas menos parte;
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
O hijo de Leocan, quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
Es, que el campo en tres bandas repartido
A un tiempo aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cauten pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca, y este asiento destruido
Valdivia de allanar fácil sería,
Pues no alcanza arcabuz, ni artillería.

Solo á mi Santiago me da pena;
Pero modo á su tiempo buscarémos
Para poderla entrar, y la Serena
Facilmente despues la allanarémos;
Aunque sujeto á lo que el hado ordena
Es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
A muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca hechicero
De la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero
Por sabio en los pronósticos tenido,
Con profundo suspiro, íntimo y fiero
Comienza así á decir entristecido:
Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo mas gozado;
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede;
Mirad que os llama ya el preciso hado
A dura sujecion y trances fuertes,
Repárense alomenos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,
Y las noturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando:

Las plantas con sobrado humor terreno
Se van sin producir fruto secando:
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado
No sé en que pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orion armado
Con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado,
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra,
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra,
Y Eponamon horrendo y espantable
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice; yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende:
Diciendo esto, y la maza levantando
La derriba sobre él, y así lo tiende
Que jamas midió curso de planeta,
Ni fué mas adivino, ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso
(Segun la muestra) que movido estuvo
De dar tras el Senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolican atónito y rabioso
Trasportada la mente un rato estuvo;
Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
Gritaba: Capitanes; muera; muera.

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal; pero él valiente
Los hace saltar dél tan á porfia,
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los en esta historia señalados,
Que jamas de su asiento se mudaron
De donde lo miraban sosegados,
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados;
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Salto como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:

Con silvos grita en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro, ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con estraña ligereza
Delante, atras, á diestro y á siniestro:
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapel, en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta,
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojadizos,
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia:
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia;
No discierne al pariente del estraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara Araucana,
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolican del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado,
Aunque su gravedad se lo defiende;
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba como solo así contiende
Un hombre contra tanto barbarismo;
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo,
Le dice: una merced, señor, te pido,
Si algo merece mi intencion y zelo,
Y es, que el gran desacato cometido
Perdones francamente á Tucapelo;
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.

Perplejo el General estaba en duda;
Pero mirando al fin quien lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:

El ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdóno; y mas decia
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente;
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

¿Cómo buen Capitan has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda?
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es escusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aqui la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño y mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga,
Mi maza es la que á mí me da el seguro,
Lo demas como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mugeres:
Sus, alto, vamos luego á dó quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz General disimulando
Con graciosa aparencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo, añudó el hilo:

Invicto Capitan, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va tambien su parte,
Y por el vicio grande de la guerra:
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere,
Y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
Al consejo con término discreto
Del sabio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:

Asíque, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los Cristianos se aperciban,
Porque mas flaçamente nos reciban.

Y pues que Mapocho solo es temido,
Despues que lo demas esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido,
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con Españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias, é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos Araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sabios Caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de Cristianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Despues do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En gran regocijo y mucha fiesta
Ocupados en juegos y alegrias,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta;
Despues contra los pueblos del Mesias
La alborozada gente en órden puesta
Marcha Caupolican con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

LA ARAUCANA.

CANTO IX.

Llegan los Araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les vino nueva que los Españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los Españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos Santos,
Y estar la ley Cristiana autorizada:
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia;
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeren por fé pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que despues de ya visible
Sacarlos de que fué, sería imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fué todo un ejército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dejaré en efeto de contarlo,
Pues los Indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
Que porque la ley sacra se estendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia,
Y que el natural órden se excediese;
Presumir se podrá por esta via,
Que para que á la fé se redujese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagro claramente.

Yo dije que el ejército Araucano
De la Imperial tres leguas se alojaba
En un dispuesto asiento y campo llano,
Y que Caupolican determinaba

Entrar el pueblo con armada mano;
Tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitualla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla:
Fuera por los cimientos destruida,
Cualquier fuerza bastara á arruinalla,
Y persona de dentro no escapára,
Si á vista el pueblo bárbaro llegára.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse,
Y de prodigios tristes se espesaba:
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian,
Rayos, truenos, relámpagos apriesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;
Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
No hay corazon, no hay ánimo así entero,
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque mas fuese de azero:
En esto Eponamon se les presenta
En forma de un dragon horrible y fiero
Con enroscada cola envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego.

Diciéndoles: que apriesa caminasen
Sobre el pueblo Español amedrentado,
Que por cualquiera banda que llegasen
Con gran facilidad sería tomado,
Y que al cuchillo y fuego la entregasen
Sin dejar hombre á vida y muro alzado:
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando;
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo, y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegria,
Cuando con claro y presuroso vuelo
En una nube una muger venia

Cubierta de un hermoso y limpio velo
Con tanto resplandor, que al medio dia
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
A todos confortó con su venida;
Venía de un viejo cano acompañada
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: donde andais gente perdida?
Volved, volved el paso á vuestra tierra,
No vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus Cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia:
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los Araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar la boca abierta:
Ya que despareció fué estraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego:
Van sin órden ligeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detras las espaldas se encendian,
Y así con mayor ímpetu corrian.

Héme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuente;
A veinte y tres de Abril que hoy es mediado
Hará cuatro años cierta y justamente
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe:
Tienen ellos por cosa averiguada
Que no es en prueba desto poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambres, dolencias, muertes y otros daños:

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talando el sol en tierna edad las flores
Ayudado del fuego de la guerra:

Como creció la seca y las calores;
Por falta de humidad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término Araucano,
Y fué que carne humana se comiese
(Inorme introducion, caso inhumano!)
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano:
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió, dó habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Puren paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando
Dieron lugar al tempestuoso cielo:
Es este tiempo en estas partes cuando
El encongido invierno con su yelo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerva coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra á cada parte.
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo;
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los azeros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las hastas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico ejercicio:
Juntaronse á la usada borrachera
(Orden antigua y detestable vicio)
La mas ilustre gente y señalada
A dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel Estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,

Haciéndoles saber como ya andaban
En el sitio de Penco arruinado
Cantidad de Españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando.

Diciéndoles : venimos, ó guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los Cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Lès dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues aunque desdichados entendemos
Cuan breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y limite á la suerte;

Mas porque estando Arauco tan vecino,
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda;
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir despues nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperarémos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia Española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los Caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieron freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocan, que consultado
Así responde en nombre del Senado:

Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido,
¿Y es verdad que hay Cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruido?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto
Que sin duda en efeto lo pondrémos,
Y sobre los Cristianos lo mas presto
Que se puede dar órden, llegarémos:

Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sabio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron
Que estaban por momentos aguardando:
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con disgrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del Araucano ejército depende:
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Dejabo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido:
Y si aquí la ocasion no me avisára,
Jamás pienso que della me acordára.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Dó forzoso dejarlos me convino:
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santiago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hervoso habian llegado,
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maziza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;

En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta via,
Dando aviso á la amiga compañia.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la Fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo mas necesario allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica:
Proveido recaudo en toda parte,
A recebir al Araucano pica,
Con la ligera escuadra de á caballo,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro orizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes coloraba:
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido Fuerte se alejaba
En busca de la escuadra Lautarina,
Que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro lejos alongado,
Cuando al calar de un monte descubrian
El Araucano ejército ordenado:
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento cuando
Sienten los Araucanos el ruido,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando
Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España,
Sonando entorno toda la campaña.

Quieren los Españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano;
Calan el monte á fin de acometerlos
Teniendo por mejor el sitio llano:
Bajas las lanzas vienen á romperlos;
Pero la osada muestra salió en vano,
Que los bárbaros ya diciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pie y con rostro firme hacia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero á desbaratarlos fué bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando,

El Araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando:
Del Fuerte tanto estrecho esto sería
Cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodia,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros, que á porfia
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto:
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto,
Con grande estruendo y paso concertado
Hacia el sitio Español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el Fuerte caminaba;
Síguele atras la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandía
Que juntar los estremos parecía.

Los pocos Españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos;
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados, y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos;
Llegados donde ya podian herirse,
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venían;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrían;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enhastadas
Por valíentes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que resistiendo al tiempo del mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadron forzosamense
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al Español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:

Entran sin órden, qué ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pie con pie un combate duro.

Algunos Españoles castigados
Recogerse en la Fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados
Y de verse en estrecho rehuyeron:
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse,
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir las corvas áncoras alzaron,
Satisfaciendo al miedo y bajo intento
Las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo llevar el áncora á la nave,
No duda en arrojarse al mar furíoso
Teniendo aquel morir por menos grave:
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que estan en la Fuerza retraidos
Como buenos guerreros se defienden,
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la Plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la Fuersa el primero entrado habia,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
¡Mas quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallara algun camino ó escalera!

No entró el Fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desevuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto:
No le pudo seguir por allí gente,
El solo de aquel lado dió el asalto;
Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la Plaza,
Cuando el furioso bárbaro esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo;

No vale malla fina, ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quien hunde el pescuezo por los pechos;
A quien rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
Que habia muerto á Torquin mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cual fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mastil cercenó del Araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el Indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra, y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atras derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta
Que á Ortiz que alta la estaba sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airada
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra hijada,
Y la alma del corporeo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el Indio trueca
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra:
Así aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por dó la ira
Le llevaba furioso discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de hastas deshaciendo;

Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo;
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No sé como á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angól soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo entorno esgrime:
Hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazon Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfange alzaba,
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:
La cara antes del jóven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta:
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano
Que airado á todas partes discurria,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañia;
Pues fué siempre en la vida igual la suerte,
Quiero dijo tambien que sea en la muerte.

Y contra el matador con repentina
Rabia que el pecho y venas le abrasaba,
Un mazizo y fornido tronco empina,
Y con fuerza sobre él lo derribaba:
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerto estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Puren en compañia
Habian así á los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil, y el esforzado
Pillolco, Caniomangue, y Lebopía,
Mareande, Elicura, y Lemolemo
De su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:

Ya la Española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los Españoles la huida,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida:
Sigue el alcance, y válos aquejando
La bárbara çanalla embravecida
Envuelta en una espesa polvoreda,
Matando al que por flojo atras se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza, y no aprovecha,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Cual encamina al monte, y cual procura
De Mapocho la senda mas derecha,
Y cual y cual constante todavia
Animoso con Atropos porfia.

Estos honrosa muerte deseando
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forozo punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada:
Presto quedó la plaza sin un bando,
De almas vacia y de cuerpos ocupada,
Que animosos los pocos que quedaban
A las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,
Otros de parte á parte atravesados,
Otros que de su sangre estan cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados:
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados:
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no harémos poco en alcanzallos,

Quien por camino incierto, quien por
Aspera, peligrosa, y desusada [senda
Bate al caballo y dále suelta rienda,
Que el miedo es grande, y grande la jornada:
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra, monte, llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia dè la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado:
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas Imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la Española gente que corria
Con furia y ligereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañia:

La mucha turbacion y desatiento
Que á los nüestros el miedo les ponia,
Los lleva sin caminos, esparcidos,
Por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
(O cuan de corazon son envidiados!)
Que poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros,
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los habia,
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos:
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos,
Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan, y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que ligeros caballos gobernaban;
Y aunque con viva espuela los batian
Alargarse de un Indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da casa y atormenta
Un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderle ganar un solo paso.

Xo, xo, les va gritando: espera, espera,
Que mas en castellano no sabia;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia:
Tres leguas los corrió desta manera,
Que jamas de las colas se partia
Por mucho que aguijasen los rocines,
Llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su faccion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrímela el garzon sin mas fatiga
Que el presto esgrimidor suelto y liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:

Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamas fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentando:
Con prestos pies y maza los aqueja,
La nacion Española profazando
En lenguage Araucano, que entendian
Los tres que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los Cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y ligereza:
Entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
Afloja el curso y animoso brio,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el Puelche, en desafio,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcanse por dó un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia,
Solo el contumaz Rengo porfiando
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su bando;
Los tres lasos Cristianos á porfia
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni afloja de la empresa que pretende,
Antes con silvos, grita y piedra espesa
La agua á mas de la cinta los ofende,
Y dándoles en esto mucha priesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: sus, salid, salid á fuera,
Que yo os mostraré campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente
Dice á los dos: ó caso vergonzoso,
Que á tres no siga un Indio solamente,

Y triunfe de nosotros vitorioso?
No es bien que de Españoles tal se cuente?
Volvamos, y de aquí jamas pasemos
Si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir, ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el Araucano conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el Indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadía,
Y á falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudía:
De allí con mofa, silvos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendía,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado
Que bien de mala gana se quedaba
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo Lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los Españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato:
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente Araucana quiero andarme
Dichosa á la sazon y afortunada:
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada:
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

Cuan usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo despues ser derribados!

Alcabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo Canto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.